

Juan Ramón de la Fuente

Las disyuntivas de México

Adriana Malvido

¿Cómo abordar la complejidad política y social de México, en un momento histórico en que el exceso de información es capaz de obnubilar el entendimiento? El doctor Juan Ramón de la Fuente ha publicado una compilación de ensayos en que disecciona con precisión juiciosa y don reflexivo las coordenadas que definen con mayor urgencia el difícil laberinto actual de nuestro país.

¿Desde dónde mirar a México para entenderlo? Es una pregunta que me hago continuamente.

Mientras escribo este texto, un tono me avisa que hay un nuevo correo en el buzón electrónico; otro más me alerta que en el *inbox* de Facebook alguien me escribe; segundos después el celular emite la señal de que ha entrado un mensaje en WhatsApp... y cuando opto por apagarlo todo, la concentración ya se fue de vacaciones. Los expertos llaman a este fenómeno “atención parcial continua”, la que obliga al cerebro a ir de una tarea a otra sin concentrarse a fondo en ninguna de ellas.

La era del acceso instantáneo a la información y de la ubicuidad que ofrece la tecnología digital nos tiene tan fascinados como distraídos, frente a una pantalla que ofrece pedazos de realidad, fragmentos del mundo, cachitos de vida que circulan y se esfuman con igual inmediatez.

El libro de Juan Ramón de la Fuente, *A quién le importa el futuro*, ofrece un alto en el camino, una invita-

ción a vincularse de manera sostenida con el mundo real; un abanico de alternativas para entender a México desde una mirada informada, clara y equilibrada, de manera que mientras leemos constatamos que alguien puso orden al caos, recogió los fragmentos, los convirtió en narrativa y seleccionó aquellos temas medulares en los que tiene sentido concentrarse y profundizar.

En México vivimos ensimismados, tan abrumados con el escándalo del día, la corrupción, las detenciones o los asesinatos, el dolor clavado por la violencia, Ayotzinapa, los 150 mil muertos y 28 mil desaparecidos, la desconfianza hacia una clase política indolente concentrada en el poder... Así, ensimismados por la inseguridad, la problemática económica y la lucha por la supervivencia diaria, poco miramos hacia fuera y hacia el futuro. De la Fuente, como dice Juan Villoro en el prólogo del libro, se convierte en un observador global, en nuestro enviado especial al mundo para ubicarnos ahí donde es posible el debate, la reflexión colectiva, la auto-

crítica y el rescate de la ética como valor indispensable para poder vislumbrar un horizonte donde tengan lugar el optimismo informado y la esperanza.

“A quién le importa el futuro” es una pregunta ética, apunta Villoro con razón. Pero también es una pregunta que nos reta: ¿podemos pasar a ser, de una sociedad de espectadores del horror, a una sociedad participativa que incida en las políticas públicas? O como plantea Lourdes Arizpe en su nuevo libro, “vivimos, no para contar la historia, sino para crear historia”. De eso Juan Ramón de la Fuente parece convencido cuando afirma: “La sociedad sigue siendo un espacio formidable para la renovación ética de la conciencia de México”.

Como buen médico, el autor parte de un diagnóstico del país en el contexto global y hace una radiografía de la realidad para interpretarla y ofrecer posibles soluciones.

En el capítulo “Una época en crisis”, parte de una relectura de nuestra historia y cómo es que la Revolución mexicana quedó inconclusa, de manera que hoy, como ayer, la desigualdad es el signo más ominoso. Es decir, el México moderno llegó, pero lleno de contrastes y hubo desarrollo, pero inequitativo. Nuestra joven democracia parece vulnerable; percibimos tentaciones autoritarias frente a la violencia desbordada y un estado de derecho que, en todos los indicadores internacionales, acusa pobres niveles de desempeño. Y es que, advierte De la Fuente, la violencia que se genera por la transgresión de la ley está íntimamente ligada a otro problema crónico: la corrupción.

En el contexto de la globalización, que junto con las nuevas tecnologías digitales marcó nuestro ingreso al siglo XXI, el crecimiento económico se convirtió en el mito fundamental del capitalismo occidental y en el principal factor con el que se miden el desarrollo y el progreso. Es decir, el poder de los gobiernos se desplazó a los mercados, y el lucro y la especulación hicieron a un lado las necesidades sociales básicas de millones de personas que, desesperadas por el desempleo y en condiciones de vida indignas, recorren el mundo en flujos migratorios sin precedentes. En ese sentido, De la Fuente propone repensar el papel del Estado no para frenar el mercado que es generador de riqueza, pero sí para regularlo, garantizar seguridad, acceso a servicios básicos como educación y salud y a una distribución más justa de las oportunidades y la riqueza.

Expone las dimensiones de la crisis a nivel urbano, rural, religioso y político y la incapacidad de los gobiernos para afrontarla con imaginación y eficiencia, por lo que advierte: “Ha llegado la hora de la justa resistencia, de la no resignación frente al supremo mandato de quienes no han mostrado sensibilidad alguna frente a las necesidades sociales”. Y en ese contexto encuentra una ola democratizadora en organizaciones de la sociedad civil.

Su formación científica va de la mano del humanismo y por eso, a lo largo del libro, la filosofía, la literatura, la historia y la poesía son referencias que iluminan la reflexión. En su pluma, pues, convive el científico riguroso con el maestro que mide el desencanto de los jóvenes cuando conversa con sus alumnos; el intelectual que toda la vida ha dialogado con escritores y el miembro de organismos internacionales con acceso a las nuevas ideas y propuestas que tienen que ver siempre con la búsqueda de un mundo mejor.

Le pregunto a Juan Ramón de la Fuente de qué se nutre, a la hora de investigar. Por supuesto hay lecturas, constante actualización de información, pero lo más importante, dice, “es la interacción con la gente, de eso me nutro para disparar mis ideas, mis reflexiones, mis preguntas, de lo que escucho de la gente”. Y me sorprende con una revelación: “De no haber sido médico, me hubiera gustado ser reportero”.

Entonces me explicó el impulso que lo llevó a platicar con integrantes del M-15 que acampaban en la Puerta del Sol e invitarlos a una reunión internacional en la que participaba en la Universidad Complutense de Madrid. Ahí, gente de la ONU, embajadores, ex presidentes y académicos escucharon a Javier: “Vivo con mi pareja, en esta mesa no tengo nombre, y en esta vida no tengo nada. Ni siquiera decido lo que se hace en mi barrio. No entraré a la jaula del liberalismo, aunque fuera de la jaula nos aseguren que no hay nada”. También oyeron a Eduardo cuando les dijo que entre políticos y sociedad ya no hay puntos de contacto y que un egipcio en la Plaza Tahrir y un español en la Puerta del Sol tienen los mismos ideales. En México acaba de publicarse *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, libro del Colegio de la Frontera Norte, que también se refiere, en esos términos, al *Yo Soy 132*. El poder tradicional, asegura De la Fuente, ha sido ya éticamente derrotado. Es necesario, advierte, volver a lo que llama “paisajes cívicos donde el liderazgo moral, ético, fue más poderoso que cualquier otro”. Pero, sobre todo repensar un modelo de desarrollo centrado en las personas.

¿Será posible la solidaridad global?, se pregunta.

Sara Ahmed le respondería: “La solidaridad no significa que nuestras luchas sean las mismas luchas, o que nuestro dolor sea el mismo dolor, o que nuestra esperanza sea para el mismo futuro. La solidaridad involucra un compromiso y trabajo, así como el reconocimiento de que aunque no tengamos los mismos sentimientos, o las mismas vidas, o los mismos cuerpos, vivimos en un terreno común”.

Desarrollo humano es seguridad mundial. De la Fuente hace énfasis en Iberoamérica y la necesidad de que se reinvente a partir de su riqueza común que es la lengua. Y luego en América Latina, que, con 9 por ciento de la población mundial, tiene 27 por ciento de

los homicidios que ocurren en el mundo. Hace unas semanas supimos que las ciudades más violentas del globo son Caracas, San Pedro Sula, San Salvador y Acapulco. Mientras no se reconozca que la inseguridad tiene raíces en una educación deficiente y excluyente, falta de oportunidades y desigualdad, poco se avanzará, comenta el autor. Falta crecer con calidad, fortalecer instituciones educativas, de salud, de seguridad y justicia; combatir la impunidad, la corrupción y el desempleo, enfrentar eficazmente el abuso del alcohol y otras drogas; detener el acceso a las armas y, en países como México, frenar el narcotráfico con sus descomunales ganancias y efectos inadmisibles en las tasas de mortalidad. El reto es construir y reconstruir nuestras clases medias, dice.

De la Fuente insiste en la fuerza de la participación social. Recientemente, en una entrevista de radio (con Sergio Sarmiento), mencionó iniciativas ciudadanas de enorme relevancia en México como la Ley 3de3, la del grupo que se amparó contra la criminalización del consumo y cultivo personal de marihuana y la elaboración de la Constitución de la Ciudad de México, a cargo de ciudadanos, en la que él mismo participa.

En el capítulo “La disyuntivas de México”, plantea todo aquello que puede construir un consenso a partir de objetivos comunes: Rechazo a la impunidad y la corrupción. Respeto a los derechos humanos. Exigencia de transparencia y rendición de cuentas. Combate a la pobreza. Necesidad de generar empleos y fortalecer la seguridad.

Si bien se requieren consensos, el autor defiende el derecho a disentir y ser escuchado. Por eso defiende el Estado laico, el que nos protege de fundamentalismos y ha permitido que se legisle en temas como la igualdad de género, el divorcio, el matrimonio entre personas del mismo sexo, la interrupción del embarazo en ciertas circunstancias y la muerte con dignidad. Laicismo, democracia y derecho a disentir van de la mano.

De izquierdas y derechas también escribe el doctor De la Fuente; etiquetas, dice, que siguen vivas pero necesitan reconfigurarse en los nuevos tiempos dentro de un ideal que apela al sentido común: la búsqueda de una vida colectiva mejor para todos. El autor propone una serie de responsabilidades que una izquierda moderna ha de asumir, pero su gran tarea —subraya— es educar a todos los niveles para la libertad, la tolerancia y el progreso: “Un progreso con rostro humano, capaz de combinar el conocimiento, la ciencia y la tecnología con una ética fundada en el respeto a las personas, a sus diferencias, a su entorno ambiental y al potencial insospechable que tiene cada una de ellas”.

Lo seres humanos tenemos una capacidad innata para confiar en otros, pero el mundo nos va volviendo desconfiados, advierte el autor. En México, por ejemplo, no sabemos todavía qué pasó con los 43 normalistas de

Un progreso con rostro humano, capaz de combinar el conocimiento, la ciencia y la tecnología con una ética fundada en el respeto a las personas, a sus diferencias, a su entorno ambiental y al potencial insospechable que tiene cada una de ellas.

Ayotzinapa desaparecidos, ni sabemos a ciencia cierta cuántos muertos ha causado la absurda guerra contra el narco, cuánto se gasta en campañas electorales y en spots y mucho menos qué han hecho con los recursos públicos los gobiernos estatales y municipales, porque no hay rendición de cuentas. Para De la Fuente, la transparencia ha de adoptarse como verdadera política de Estado. No sólo sirve al ciudadano para evitar abusos sino al gobierno en turno para legitimarse.

El libro ofrece una *radiografía social de México* en donde la exclusión se expresa en los niveles de pobreza, desempleo e informalidad, la precariedad en la vida de los jóvenes, los niños obligados a trabajar, los adultos mayores y un 10 por ciento de la población que está en la tercera edad y que entrará a la etapa final de su vida sin una pensión digna. Pero también ofrece propuestas claras como la seguridad social universal y una política fiscal justa. En resumen, la integración de la política económica y la política social que han estado históricamente disociadas. En ese sentido, para De la Fuente, la reforma de Estado es el gran reto.

El capítulo “Asignaturas pendientes” inicia con una pregunta: ¿qué hacemos con las drogas?

Comparte la información más reciente a escala mundial acerca de este problema tan complejo como multidimensional. Y analiza la propuesta de que los recursos utilizados en las políticas prohibicionistas y punitivas sean utilizados, mejor, en programas de información, educación, rehabilitación y tratamiento. Se trata de proteger la salud, tomar decisiones sustentadas en la evidencia científica y respetar los derechos humanos. Parece utópico, dice, pero vale la pena intentarlo. Porque lo utópico ha sido pretender ganarle la guerra a las dro-

gas, estrategia por la que este país ha pagado un precio demasiado alto sin resultados positivos.

Otra asignatura pendiente es la que tiene que ver con el derecho a la muerte digna y a los cuidados paliativos, aquellos que se ocupan del enfermo cuando se ha perdido la batalla contra la enfermedad y le ayudan a vivir sus últimos días sin dolor. Uno de los recursos más eficientes para aliviar el sufrimiento es la morfina y resulta paradójico que México, uno de los principales productores, carezca de la sustancia en sus hospitales. Desde el punto de vista humano y ético, morir con dolor debido a ello resulta inadmisibile. Tan inadmisibile como el hecho de que seis millones de pacientes con cáncer terminal en el mundo carecen de acceso a la morfina, en tanto que Estados Unidos, Canadá y Europa consumen 90 por ciento de la sustancia que se usa con fines médicos. Toca a las autoridades sanitarias reconocer el problema y solucionarlo, antes de que sea necesario acudir a la Suprema Corte para que se atienda.

En nuestro país se invierte más en encuestas de popularidad que en investigación científica, importamos

96 por ciento de la tecnología que usamos y mientras que el presupuesto para la cultura se recorta drásticamente, la importación legal de armas de fuego, entre 2011 y 2015, aumentó 331 por ciento con respecto al periodo 2006-2010, según reveló recientemente el Instituto Internacional de Estudios de la Paz de Estocolmo.

“Cualquier proyecto que aspire a construir un México mejor pasa por una profunda y radical reivindicación cultural y científica”, advierte De la Fuente que dedica quizá las más bellas páginas del libro al tema del conocimiento. “Sólo una ciudadanía intelectualmente soberana puede evitar que la democracia derive en plutocracia, se pierda en la burocracia o, lo que es peor, se convierta en mercadocracia”.

El rezago educativo, la deserción escolar, modelos pedagógicos obsoletos que preparan niños para un mundo que ya no existe, son otros de los grandes y más profundos temas del libro con páginas que no se limitan al diagnóstico y las cifras, sino a las ideas y las propuestas, como la que lanza el autor cuando alienta a una gran cruzada nacional que convoque a todos a impulsar una educación integral, de calidad y para toda la vida. Una educación donde se aprenda a hacer y a ser, donde ciencias y humanidades se comuniquen entre sí; una educación que nos enseñe a pensar, a imaginar, a innovar, a ser libres; una educación “sustentada en valores y principios éticos que fomenten el respeto a la pluralidad, a la diversidad, al medio ambiente”.

A lo largo de todo el libro, es recurrente la frase: “Parece utópico, pero ¿por qué no intentarlo?”. Y me recuerda la idea del filósofo español Javier Gomá, cuando reivindica la utopía como propuesta de perfección humana y social que, se realice o no, “sirve para avanzar e iluminar salidas posibles”.

¿Y por qué el autor incluye “Algunas voces” como capítulo final? Porque a lo largo de la vida uno se construye de referencias y aquí De la Fuente comparte las suyas: en la política, en la literatura, en la ciencia, en el periodismo, en la poesía... Y al revelarnos la grandeza de otros se muestra a sí mismo, como cuando escribe: “La vida y la obra de Juan Gelman nos recuerdan que a pesar del dolor, de la tragedia, de la derrota, siempre habrá esperanza, como hoy, como siempre, y a pesar de todo, no hay que perder de vista lo que nos acerca y hermana a todos los hombres: la belleza de la palabra”.

A quién le importa el futuro es, pues, una invitación a involucrarse con el mundo desde hoy para la construcción de mañana.

Como escribió Stefan Zweig: “Sólo aquel que ha aprendido a expandir su alma a los cuatro vientos a tiempo, es capaz más tarde de abarcar el mundo entero”. **U**

Juan Ramón de la Fuente, *A quién le importa el futuro. Las disyuntivas de México*, Temas de Hoy, México, 2015, 164 pp.

